

FAMILIA, TRABAJO Y TIEMPO LIBRE

EMILIO MARTÍN PALACIOS – M^a BELÉN MERÁS DÍAZ

INTRODUCCIÓN

“ Preferiría fatigarme leyendo lo escrito por otros a tener que escribir lo que otros han de leer. He de confesar, sin embargo, que, en el ejercicio de escribir para los demás, he aprendido muchas cosas que antes ignoraba” (*La Trinidad* III, proemio).

Este y no otro, es el ánimo que inspira nuestra reflexión, nuestra contribución a abrir vías de diálogo y entendimiento sobre la vida en familia, el esfuerzo compartido – en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad –, todos los días de nuestra vida, como nos anticipa la celebración sacramental del matrimonio.

Personas, hombres y mujeres; esposos, padres, educadores, gestores familiares, organizadores de ocio y tiempo libre. ¿Cuándo, dónde, con qué medios aprendemos – hasta la plena capacitación –, esta serie de roles que definen la compleja institución que es la familia?

I. FAMILIA Y FAMILIAS

1.1. Evolución y crisis

En el momento de iniciar la reflexión sobre **la familia, el trabajo y el tiempo libre**, es preciso destacar el compromiso personal y social que debe haber asumido previamente quien, por encima de tendencias sociales escasamente fundamentadas y de teorías de moda sin valor, pero muy difundidas en nuestro mundo de comunicaciones multipolares y equívocas, pretenda dar sentido trascendente a su existencia personal y contribuir, de paso, a conformar un modelo de familia basado en el amor, en la comprensión, en el respeto, en el diálogo, en la tolerancia; en el trabajo y en el ocio.

La familia está en crisis, se dice; la familia ha evolucionado hacia modelos nuevos que, o bien atentan en sus planteamientos contra el modelo de familia cristiana tradicional o bien introducen elementos alteradores de dicho modelo. Familias rotas, familias monoparentales, supuestas familias construidas a través de uniones entre personas del mismo sexo...

Familias, matrimonios cuyos cónyuges son penalizados judicialmente con órdenes de alejamiento; parejas enfrentadas con resultado de muerte; uniones deshechas, por falta de madurez y responsabilidad... No está en crisis la familia. Los contrayentes – que no cónyuges –, devienen en socios temporales y agresivos de una sociedad sin intereses comunes compartidos. La disolución, pacífica o beligerante, de tal sociedad origina complejos procesos judiciales tendentes a regular uniones inexistentes o a *desregular* usos y conductas viciadas en origen.

- ¿Cuáles son las causas que explican las rupturas familiares – en nuestro entorno –, en cualquiera de sus formas?

- ¿Qué factores están en la base de tales procesos de ruptura familiar?
- ¿Fracaso de uno? ¿Fracaso de dos? ¿Carencia de valores? ¿Influencia del entorno?

Disponemos de datos cuantitativos sobre el número de divorcios tramitados anualmente, sobre la cifra de familias deshechas por una u otra causa, sobre órdenes de alejamiento, sobre víctimas de la violencia en la familia. Las familias estables, felices o con algunas dificultades; comprometidas y decididas a seguir adelante a pesar de los problemas diarios; familias con recursos ajustados o con altos niveles de renta y bienestar; creyentes o alejadas de toda trascendencia, jóvenes y maduras, no suelen ser noticia ni ocupan las primeras de los medios.

1.2. Reivindicar la familia

Reivindicar la familia se hace más y más necesario, aunque la cultura dominante adultere su significación y deprecie su valor. Este es el reto. No podemos renunciar a valores que consideramos permanentes e invariables. La educación es, otra vez, el recurso imprescindible, a medio y largo plazo, para restaurar sistemas de valores que han de fundamentar necesariamente la sociedad – nuestra sociedad –, si queremos contribuir a la mejora y progreso del mundo que nos rodea y a la felicidad de quienes comparten con nosotros tiempo y espacio. En definitiva, nos topamos con la persona, varón o mujer, mujer o varón, como sustrato básico de familia, tradicional o moderna, contemporánea o de tiempos pretéritos. “Entonces me volví hacia mí mismo. Y me dije: ‘Y tú, ¿quién eres?’ Y me respondí: ‘Un hombre. Un ser con dos dimensiones: una externa y otra interior. La interior es la que juzga. La externa hace de mensajera. La interior oye la respuesta y conoce la verdad, pero mediante el ministerio de la exterior...’” (*Confesiones* X, 6, 9).

San Agustín – sin referirse específicamente al matrimonio –, precisa cuáles deben ser los soportes de cualquier relación interpersonal. La dimensión interior y la exterior son difícilmente aislables. Equilibrio personal (interior) y poner en común, de modo también equilibrado, los valores inspiradores de nuestras relaciones personales y familiares (exterior). La interioridad es el camino hacia y el vehículo para el crecimiento personal y comunitario: “...entra dentro de ti porque en el hombre interior habita la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo” (*La verdadera religión* 39-72).

- El matrimonio, acuerdo interpersonal, santificado por el sacramento, ¿es una institución superada por el tiempo o mantiene plena vigencia como ámbito natural de amor y comunicación, de mutua donación?
- La consideración y respeto hacia ciertos *modelos de familia*, que proliferan en nuestros entornos, ¿resta o añade valor al modelo familiar que compartimos?

1.3. Valor y valores en familia

De nuevo los valores agustinianos ilustran sobremanera esta construcción fundamentada de cada una de las personas que aspiran a compartir vida e ilusiones, intereses y afectos. En Agustín, la religión y la educación tienen fines coincidentes: alcanzar **la verdad**, el bien, la felicidad. Y la educación no es mera instrucción, sino camino hacia la verdad. Y ¿qué es la verdad? Es la guía de nuestra vida, debe ser pauta de comportamiento, norma moral que impulsa nuestra voluntad a hacer el bien. “En tanto eres buen amigo de tus amigos en cuanto eres enemigo de tus defectos” (*Carta* 155, 1).

El amor, como elemento motivador, fuerza motriz de la trayectoria personal y de la historia universal. Amor frente a egoísmo, amor frente a dominación, amor frente a poder opresivo e impositivo. El amor, fundamento de la familia, fuente de vida, vínculo de convivencia, indicador de felicidad, clave de la realización personal y familiar. “Si pones amor en las cosas, las cosas tendrán sentido. Si les retiras el amor, se tornarán vacías” (*Sermón* 138, 2).

La libertad y autonomía responsables, la fidelidad a los principios asumidos, la coherencia entre el ser, el querer y el hacer. No se trata de anular iniciativas del otro sino de compartir decisiones responsables. Autonomía frente a entornos despersonalizadores y alienantes; autoexigencia compartida para huir de actitudes gregarias y tendencias de moda. “La verdadera libertad radica en el sometimiento a la verdad” (*El libre albedrío* 2, 13, 37).

La vida en común, la familia, ámbito de relación plena, de mutua y total aceptación; cualidades compartidas para el servicio y beneficio del otro; plena disponibilidad sin condiciones, donación total frente al egoísmo limitador. “No es la comunidad la que hace a las personas, sino las personas las que hacen a la comunidad” (*Comentarios a los Salmos* 106, 3).

El esfuerzo y la laboriosidad, medio de autoafirmación personal y compromiso de unión entre dos, a la vez que remedio para la ociosidad morbosa y la pasividad estéril. “Si no puedes hacer todo lo que quieres, debes querer hacer todo lo que puedes” (*Carta* 166,1).

1.4. ¿Contravalores? ¿Disvalores?

Nuestro mundo ha de recurrir a jornadas y conmemoraciones que hagan presentes en nuestro diario vivir las carencias e insuficiencias que jalonan nuestra existencia colectiva, los incomprensibles excesos en que – una y otra vez incurrimos –, que ponen en riesgo la convivencia, generan conflictos sociales y medioambientales, alteran el progreso general, el *día de la mujer trabajadora* revela la discriminación sexista aún existente, la *jornada del medio ambiente* constata los abusos que ponen en peligro el equilibrio necesario entre naturaleza y sociedad, las celebraciones *a favor de la paz* son, como mucho,

recuerdo de las guerras sangrientas que colapsan el desarrollo humano y económico de numerosas zonas del planeta.

La llamada violencia de género incluye todo género de violencias destructoras de la convivencia y explicita la insatisfacción creciente a que conduce la ausencia de amor y la subsiguiente pérdida de respeto a las personas. Los malos tratos, puntuales o crónicos, la vejación doméstica constante, la violencia de palabra y de obra en la vida diaria, la muerte violenta – lamentable final de una constante e injustificada agresividad –, introducen factores de alarma creciente que han de traducirse, necesariamente, en una toma de postura de cada persona y de la sociedad para la promoción de los valores antedichos que contrarresten los *contravalores* inspiradores de modos de conducta agresiva y violenta, cada día más y más incidentes en núcleos urbanos, grandes y pequeños.

Ausencia de valores, convivencia sin vida compartida, silencios prolongados, permanente incomunicación. “La voz de la verdad no calla nunca. No grita con los labios, pero susurra con el corazón. Aplica el oído interior” (*Comentarios a los Salmos 57, 2*), señala san Agustín.

Reflexionar sobre las parejas que protagonizan agresiones verbales y físicas, enjuiciar comportamientos delictivos en familia, analizar las causas del deterioro de la convivencia en un creciente número de familias, enumerar los abusos injustificables de un machismo trasnochado y homicida, buscar posibles factores explicativos de la irresponsabilidad en que incurren quienes se prometieron amor y se comprometieron a vivir en armonía y rompen, de manera traumática, poco tiempo después, es la orientación que debe guiar cualquier reflexión en este campo.

- La educación desde el hogar, la educación en valores en los centros educativos, ¿puede aportar un considerable impulso a la promoción y respeto de los valores universalmente aceptados?
- ¿Qué factores negativos contribuyen a la aparición de individuos y colectivos jóvenes irrespetuosos, con tendencias violentas y destructivas, incapaces de entender y asumir los valores que nos constituyen como personas, civilizadas e iguales?

El listado de sucesos lamentables ocurridos casi a diario, la escasa eficacia de las medidas de control de los maltratados, la reiterada constatación de que el matrimonio – base constitutiva de la familia –, se contrae sin convicción de mutua entrega y sin el debido compromiso de fidelidad, todo ello constituye una trama de elementos alteradores de la estabilidad personal y familiar. Sólo el recorrido superficial a través de la casuística que ocupa juzgados y dependencias policiales nos da un diagnóstico preocupante de la vida a nuestro alrededor y nos pone en vías para llegar al adecuado tratamiento – a medio y largo plazo –, de tales lacras personales y conflictos familiares.

1.5. Recuperar la esperanza

“Procurad una infancia inocente, una niñez respetuosa, una adolescencia tranquila, una juventud virtuosa, una madurez cargada de méritos y una ancianidad sabia” (*Sermón 216, 8, 8*). Este es el camino que san Agustín nos propone y la meta que nos atrae. Empecemos a convertir nuestra casa, nuestra familia, en el caldo de cultivo de virtudes y valores que garanticen el adecuado desarrollo personal y la contribución a la mejora permanente de nuestro entorno relacional. La tarea es ambiciosa y exige esfuerzo de personas e instituciones. “Es frecuente oír a los pesimistas de turno quejarse amargamente de los tiempos que corremos, aseverando enfáticamente que nuestros antepasados vivieron mejores días.... Supongamos que se diese a esos quejicas la oportunidad de volver a los tiempos antiguos. ¿No se dedicarían también entonces a lamentarse de ‘sus tiempos?’” (*Sermón 92, 1*).

No podemos aspirar a cambiar el mundo, pero tampoco conformarnos con el papel de espectadores curiosos, testigos pasivos e insolidarios. Nuestro compromiso cristiano es ser sal de la tierra, luz del mundo. “Nuestra única posibilidad de perfección en este mundo está en proporción directa con nuestra caída en la cuenta de que es imposible ser perfecto en esta vida. ¿Cuál ha de ser, pues, nuestra actitud? El intentar siempre lo mejor, pero sin cansarse jamás de intentarlo. Por muy alto que hayamos llegado, el ideal está siempre más allá” (*Comentarios a los Salmos 38, 14*).

Conscientes de nuestra incapacidad para intervenir directamente en los episodios conflictivos que percibimos, lejos o cerca de nuestra casa, hemos de promover, en nuestras comunidades y escuelas, el diálogo constructivo, la educación para la solidaridad... Es decir, ser testimonios personales de buen vivir y generadores, en equipo, de valores que fundamenten comportamientos respetuosos y responsables, desde actitudes éticas y morales no negociables. “Deja siempre un pequeño margen para la reflexión, margen para el silencio. Entra dentro de ti mismo y deja atrás el ruido y la confusión” (*Sermón 52, 19, 22*).

La reflexión comunitaria y la vivencia compartida de los valores y virtudes que nos constituyen como cristianos han de constituir un modelo a seguir. Si nuestra vida se fundamenta en valores y criterios que transmitimos y conseguimos reproducir en los entornos más próximos a nosotros, el modelo será atractivo y fértil, el cambio comenzará a ser efectivo en nuestros espacios cercanos, la mejora de la calidad de relaciones será fundamento de respeto y comprensión, estará en la base del modo natural de vida de colectivos jóvenes cada vez más amplios.

II. TESTIMONIO Y COMPROMISO

2.1. Testimonio de fe y esperanza

“Somos caminantes, peregrinos en tránsito. Debemos, pues, sentirnos siempre insatisfechos con lo que somos, si queremos llegar a lo que aspiramos. [...] Sigamos, pues, marchando, yendo hacia delante,

caminando hacia la meta” (*Sermón* 169, 15,18) ¿Difícil? Por supuesto, pero “para poder progresar es necesario pensar más en lo que nos falta que en lo que tenemos” (*Sermón* 354, 5).

Quienes vivimos el matrimonio como soporte y punto de referencia constante de nuestra vida, no podemos permanecer insensibles a lo que ocurre a nuestro alrededor. Pasó la época de las grandes revoluciones. Vivimos en una sociedad global, pero los desajustes puntuales, la imposibilidad de intercambios equilibrados, la heterogeneidad de situaciones y conflictos demandan soluciones locales. Las posibilidades de progreso general serán reales si desde cada rincón se ponen en marcha procesos de mejora ajustados a la realidad que pretenden mejorar.

Sólo desde la mejora personal puede mejorar la comunidad. La clave está en irradiar a nuestro alrededor una imagen positiva que inunde con su potencial todo el entorno. Esta es la clave.

Vivir en familia y reivindicar los valores que la familia genera, nos impulsa a ser no únicamente beneficiarios de lo conseguido en cada casa, sino a difundir el modelo, mostrar sus virtudes y mover voluntades para la extensión progresiva del formato familiar en el que creemos.

También san Agustín nos amina en esta línea, aunque alguien pueda pensar que extrapolamos el significado de sus palabras: “Más que entretenernos en sutiles divagaciones sobre la vida pasada – que es patrimonio de los muertos –, lo verdaderamente importante es averiguar la norma a que debe ajustarse la vida presente para que nos ayude a conseguir la vida futura” (*Carta* 167, 2).

No falla la institución, fallan las personas, su capacidad de decisión, su compromiso personal, sus hábitos de vida, la ausencia de valores que orienten su vida, la presencia de comportamientos y pautas de relación social sin referentes éticos y morales. Todo vale, todo está bien o mal, según el interés variable del que se expresa.

2.2. Compromiso de amor

La educación recibida y las experiencias personales vividas confluyen en el matrimonio y multiplican por dos las fuerzas necesarias para afrontar la convivencia en respeto y la mutua donación. Las personas somos hipótesis de trabajo, propuestas de acción. El encuentro entre dos personas que se aman, el amor que las identifica y relaciona, la colaboración mutua para el enriquecimiento recíproco, conforman una vía de acceso a la plenitud afectiva y personal. Toda una vida por delante, expectativas, proyectos y realidades compartidas, determinan el alcance de un doble proceso de madurez – necesariamente convergente –, en el que ambas personas aportan lo mejor de sí mismas. “¡Cuántas riquezas atesora el hombre en su interior! Pero ¿de qué le sirve si no se sondea e investiga a sí mismo?” (*Comentarios a los Salmos* 76, 9).

Antes que esposos, somos personas en marcha, sujetos agentes y beneficiarios de un proceso educativo y socializador. El equilibrio personal es resultado – en cada etapa –, de una continua y progresiva adquisición de conocimientos, de la paulatina adopción de valores y, en consecuencia, de la ejecución personal de un modelo de vida y de conducta acorde con tales conocimientos y valores.

2.3. Conocimiento, sabiduría, felicidad, etapas del camino

Las expectativas y proyectos que animan la vida – como personas y cabezas de familia –, e inspiran actitudes y comportamientos personales y de pareja, orientados hacia dicho modelo, llegan a ser referencias imprescindibles y marcan tendencias vitales que retroalimentan el proyecto compartido. La madurez personal no es sino la ejecución coherente de tales expectativas y proyectos y la formulación simultánea de nuevos objetivos de futuro en común.

El trabajo, el ocio, las relaciones interpersonales son elementos integrados e integradores en el complicado proceso hacia la plena realización y madurez personales. La búsqueda de la felicidad queda configurada como meta final, explícita e implícita, en esa trayectoria personal que es reforzada y completada desde la convivencia basada en el amor y desde la responsabilidad de cónyuges y padres, en la tarea de educar e inculcar valores a sus hijos.

Las relaciones entre personas que se aman y deciden compartir su vida potencian la propia personalidad de cada uno y enriquecen el encuentro. A partir del encuentro personal, del mutuo conocimiento y recíproca aceptación, se inicia la relación de amor entre dos personas que deciden voluntariamente compartir su vida. Ambos – mujer y hombre, hombre y mujer –, aspiran a recorrer juntos el camino, a trazar itinerarios convergentes.

No hay plazos ni pautas estandarizadas. La creatividad de las personas ilumina el encuentro y reactiva la relación de pareja. El éxito del matrimonio comienza a gestarse en el largo e intenso proceso de acoplamiento, a través del mutuo conocimiento, de la sensibilidad compartida y de la permanente donación sin condiciones. “La bendición de los esposos no consiste en tener hijos, sino en procrearlos honorable y castamente, y educarlos con rectitud y perseverancia” (*La santa virginidad* 55, 56), recuerda san Agustín. Lamentablemente, los usos sociales vigentes banalizan el compromiso personal, adulteran la relación amorosa y mercantilizan la decisión de vida común.

Este es el reto de la familia del siglo XXI: fortalecer lazos y vínculos internos, conseguir una progresiva inmunización frente a una coyuntura global que minusvalora la fidelidad, frente a crecientes tendencias hedonistas que trivializan el compromiso duradero, frente a un contexto en el que prima el tener y el hacer sobre el ser y el saber. Quienes, por el contrario, reafirman su compromiso de fidelidad cada día, quienes fortalecen, activa y conscientemente los vínculos afectivos que dan sentido a la propia vida, quienes – libre y desinteresadamente –, organizan su vida desde la plena y mutua disponibilidad para la vivencia en plenitud compartida y trascendente, ellos son los que anticipan el Reino en la tierra.

III. LAS CLAVES DEL ÉXITO.

3.1. Dinamismo emprendedor

La empresa – disposición a emprender – matrimonial, presenta como principales activos la capacidad de amor de ambos cónyuges, la disponibilidad a compartir problemas y soluciones, el ánimo decidido de superar, unidos, los riesgos derivados de la complejidad económica que enmarca nuestra actividad profesional, el relativismo moral que inunda creencias y conciencias, la preocupante pérdida de referencias éticas estables en la sociedad diversa y multicultural que participamos.

La familia – padres e hijos –, han de reavivar continuamente el compromiso de donación y servicio que constituye la clave de futuro y de estabilidad. La educación de los hijos comienza por la promoción de hábitos saludables, en primer lugar; por la promoción y adopción de actitudes de responsabilidad y respeto a los demás y al medio que nos acoge; por la capacitación intelectual y el desarrollo de habilidades técnicas; por la vivencia familiar y adopción de valores éticos y morales irrenunciables. Y no se trata de actitudes conservadoras o pasadas de moda, se trata, más bien, de una progresiva toma de conciencia de los valores que inspiran e identifican a la familia y a cada uno de los miembros que la integran.

El equilibrio personal, la estabilidad familiar y la vivencia afectiva compartida, deben servir de muestra, de fermento en el entorno cercano de nuestra vida. “El desempeñar un puesto de liderazgo no consiste en estar más arriba, sino en ir por delante” (*Sermón 340, 2*).

Lamentablemente, prevalecen en el contexto sociocultural y económico en que nos movemos otros valores – *desvalores* o contravalores los hemos llamado más arriba –, que contrastan con los propios y que determinan un enfrentamiento dialéctico permanente entre lo aceptable e inaceptable, entre lo positivo y lo negativo, entre lo deseable y lo mejor. La síntesis final se convierte en una percepción constante de progreso personal y familiar, de madurez personal, de equilibrio psicológico y afectivo, gracias al impulso constante compartido que retroalimenta el proceso.

3.2. Ganarás el pan...

El trabajo personal, la actividad profesional desarrollada – al margen de su grado de especialización y cualificación –, ha de servir, antes que nada, como instrumento de supervivencia y progreso, de contribución personal a la dinámica familiar que necesita recursos y apoyos para su constante progreso y evolución.

La dedicación profesional, el esfuerzo, la jornada laboral, no son un castigo sino el medio adecuado disponible para la plena y mutua acción personal y familiar. La familia ha de compatibilizar vida laboral y vida familiar; los padres deben organizar su tiempo y desarrollar su jornada laboral sin desentenderse de la formación y educación de los hijos. Más que hablar de la cantidad de tiempos compartidos, hay que hablar de la calidad e intensidad de vivencias en común.

Convivir, consentir, compartir, conseguir. Toda una vida para ser, querer, hacer y relacionarse. Los esposos – si son padres con hijo –, se convierten en gestores familiares: gestores de tiempos y presupuestos; gestores de iniciativas individuales y actividades familiares conjuntas; gestores del modelo de convivencia familiar y promotores de iniciativas para el éxito en común o de alternativas de mejora en uno u otro campo de las relaciones familiares.

La educación entra de lleno en este campo de gestión global de la sociedad familiar. Educación para la vida, para el amor, para la responsabilidad, para la trascendencia, para el trabajo, para el tiempo libre, para la solidaridad.

Por desgracia, la *educación en valores* que la última gran ley educativa promovió – sin arbitrar medios ni recursos para su ejecución –, quedó en mero enunciado. Los *valores* fueron convertidos en ejes transversales de un sistema de enseñanza que venía y viene careciendo de las ruedas motoras que lo hagan avanzar. La familia ha de asumir necesariamente la formación y educación de los hijos, dado que los centros de enseñanza tienden o pueden tender a limitarse a impartir las enseñanzas curriculares, al desarrollo de habilidades, al dominio de competencias básicas.

El Proyecto Educativo – basado en el ideario de cada centro –, diseña objetivos y marca itinerarios educativos para contribuir a la formación de un modelo de persona, de acuerdo con los valores que priorizan los idearios y Proyectos Educativos. Modelo de persona no excluyente, ni contaminado de doctrinarismos o exclusivismos sectarios. La tolerancia, el respeto a la diversidad de ideas, culturas y creencias es el fundamento de la convivencia, la clave del progreso de la sociedad global que conformamos.

3.3. Trabajo y vida de familia

Es harto difícil, y nada deseable, desligar a los padres y a los hijos. La familia, padres e hijos, se constituye y desarrolla en función de una dinámica propia, de una energía intrínseca que produce impulsos vitales a partir del mutuo contacto, del diálogo constructivo, del afán de superación constante, en los buenos y en los malos momentos.

Las diferencias de edad, la no idéntica imagen del mundo que padres e hijos perciben, la diversidad de criterios a la hora de enjuiciar las incidencias que salpican el diario existir, pueden producir choques, desencadenar actitudes encontradas, tendencias que enfrían la calidez de la vida familiar. Conflictos de mayor o menor rango que amenazan y ponen a prueba la familia misma si no son debidamente detectados y tratados a tiempo. La vida de familia – como la vida de los esposos –, no está exenta de dificultades ni existe seguro alguno que cubra los riesgos que pueden llevar a la familia a situaciones de emergencia.

La convivencia y las ausencias, la dedicación profesional a tiempo completo, la necesaria libertad y autonomía personal en contraste con la vivencia comunitaria familiar, emergen como pruebas de fuerza para la familia, en momentos puntuales de las trayectorias vitales de sus miembros.

Del mismo modo que las corrientes de aire modifican la temperatura y el bienestar ambiental de la casa al abrir bruscamente la puerta que comunica con el exterior, las incidencias que traen a la familia cada uno de los miembros que la integran ponen en crisis la tranquilidad ambiental y dificultan el clima de sosiego y diálogo constructivo imperante.

Cerrada la puerta y eliminada la fuente alteradora de la temperatura familiar, el calor ambiente se restablece rápidamente y el bienestar compartido vuelve y se agradece. Asimismo, superado el impacto inicial e inesperado que un miembro de la familia ha producido con su brusquedad y ausencia de delicadeza, el diálogo y el mutuo respeto permiten restablecer rápidamente el clima necesario para afrontar cualquier incidencia negativa.

Padres e hijos disponen de espacios y tiempos que posibilitan la puesta en práctica de valores y pautas de conducta preventivas. La familia, espacio vital, ámbito de aprendizaje inicial y escuela de desarrollo personal, se convierte en nuestro tiempo, en referencia imprescindible de valores, una vez que la sociedad y la misma escuela adolecen de relativismos esterilizantes, de ausencia de principios coherentes y reciben el impacto de los medios que propagan y promocionan *disvalores*. El entorno familiar debe proporcionar refuerzos y apoyos a sus miembros más jóvenes en su crecimiento ético y moral. No se trata de levantar vallas protectoras o campanas de cristal para evitar toda contaminación, sino de dotar de vigor a las personas para asumir compromisos, afianzar creencias y valores, compartir sentimientos, estimular vivencias trascendentes y fortalecer vínculos multiplicadores de ideales.

Las teorías y postulados filosóficos se hacen carne en la familia. Los roles familiares adquieren pleno significado si traducen la mutua entrega, sin condiciones ni reservas de ningún tipo. El padre, la madre, los hijos, son secuencias simultáneas, vidas sincronizadas por el cariño y el proyecto de vida compartido. Hablamos de detalles, de gestos, de sorpresas, de gustos, de comunicación, de sintonía...

La esposa y el marido comparten vida, cuidados, preocupaciones, logros, esfuerzo, satisfacciones, esperanza, dudas... Las bodas de oro, cincuenta años juntos, unidos, entregados, son efemérides gratificantes en sí mismas, incluso acompañadas de cierto grado de deterioro físico inevitable. Representan el éxito de un compromiso sencillo, renovado día a día, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, todos los días, uno a uno, de dos vidas en una.

3.4. Familia, tiempo libre, ocio

El tiempo libre constituye en nuestros días un componente significativo en nuestra sociedad del bienestar, en las sociedades desarrolladas del siglo XXI. Jornadas, turnos, descansos, días libres, vacaciones enteras o partidas, en temporada alta, media o baja; no hay domingos ni festivos, en muchos sectores, sino calendario laboral que determina horas semanales, mensuales o anuales a trabajar.

En las sociedades rurales tradicionales, y en enclaves urbanos receptores de un creciente número de desplazados en busca de mejores condiciones de vida y de trabajo, el domingo era el día del Señor, con obligación de oír misa y prohibición de trabajar. Las fiestas eran santificadas

con la participación familiar en la Eucaristía, seguido del encuentro con paisanos, amigos, vecinos o familiares, el almuerzo en familia, el descanso dominical. Reponían fuerzas materiales y espirituales, paseaban, iban al cine, echaban la partida, se recogían temprano para empezar la semana al día siguiente.

Los domingos y festivos hoy también son laborables. Los sucesivos turnos de trabajo a lo largo del día y de la noche dispersan a los miembros de la familia, ocasionan ausencias, generan hábitos de vida familiar adaptados a esa sucesión irregular de días de trabajo y descanso, organizados y regulados según convenio colectivo.

La familia, como estructura orgánica de una sociedad en cambio permanente, ha sufrido fuertes impactos disgregadores, causa de las referidas fracturas que han acabado desintegrando el modelo, diversificando comportamientos y ocasionando secuelas dignas de estudio en jóvenes y ancianos, en padres e hijos.

El trabajo, única fuente de ingresos familiares, ha determinado la acumulación de desajustes, es causa de la falta de tiempos en familia, ha modificado modos de relación en el hogar, y se ha convertido en un bien conservable – al precio que sea –, a riesgo de romper definitivamente los lazos familiares, los vínculos afectivos debilitados por una convivencia problemática, a plazos o por horas.

El diagnóstico es claro y sencillo: la familia tradicional no ha tenido tiempo de evolucionar hacia un nuevo modelo, en un entorno social cambiante, adaptado a las nuevas condiciones de supervivencia. En el camino hacia la familia de nuestros días, han quedado múltiples jirones, restos de sangre y dolor ocasionados por las heridas abiertas y la dureza de los golpes recibidos.

La ejemplaridad de los padres responsables y madres conscientes contrasta con la creciente muestra de parejas inmaduras. Parejas que se deshacen y se rehacen sin consideración alguna para con los hijos, involuntarias víctimas de la sinrazón de sus progenitores. Parejas carentes de proyecto y compromiso personal, que se caen bien y se divierten, habituadas a dejarlo cuando dejan de divertirse y caerse bien. Sin proyecto de familia, los hijos no son bienvenidos, se convierten en una pesada y condicionante carga que ambos miembros de la pareja – sus padres –, pretenden evitar. Las secuelas son inevitables para los hijos, frutos de tan precaria unión, privados de la propia familia, expuestos a influjos y motivaciones poco ejemplares desde la más tierna infancia, necesitados del cariño que sólo el hogar familiar propicia y del que no han podido gozar en ningún momento. Los trabajos y tiempos de ocio quedan sometidos, no sólo a la precariedad laboral, sino a la rápida e indiscriminada ganancia igualmente rápida e irresponsablemente dilapidada.

Ocio y tiempo libre se han convertido en productos de mercado. Compramos entradas para el cine o para el fútbol; pedaleamos en la bici estática aparcada en la terraza; pagamos por el café y las copas que tomamos junto a los amigos, mientras echamos la partida de mus en la cafetería próxima; escuchamos música en el MP3 mientras leemos la última novela llegada al mercado; vamos al gimnasio o a la piscina climatizada para relajarnos y hacer ejercicio; viajamos, hacemos turismo, vamos de vacaciones. Corremos el riesgo de no disponer de tiempo libre en familia porque las actividades, los horarios, los lugares respectivos, los gustos y las posibilidades de cada miembro de la familia no son coincidentes ni compatibles.

El tiempo libre compartido es un bien escaso. No es fácil acomodar actividades y horarios. Y lo que puede ser más negativo: escasean los tiempos de charla relajada, de necesaria y reposada comunicación entre quienes viven juntos.

IV. LA FAMILIA, ¿VALOR EN ALZA?

4.1. Diversidad de familias, un solo fundamento

El objetivo es recuperar el valor de la familia en contextos tan diversos y alejados del modelo original tradicional. Y volver al principio. La familia ha de ser, a la vez, parachoques frente las influencias poco ejemplares de nuestra sociedad y campo de prueba, espacio de adiestramiento de niños y jóvenes, quienes – a medio y largo plazo –, serán parte activa del entramado social, miembros responsables y activos.

La familia es, otra vez, el soporte y fundamento de la vida que se regenera en cada hijo. Esposos y padres, conforman una organización celular que diseña objetivos, inculca valores, promueve hábitos de progreso y desarrolla capacidades. No, no se trata de ninguna escuela de capacitación técnica ni centro de enseñanza reglada. Es, ante todo, centro difusor de valores y experiencias compartidas, ámbito idóneo de vivencias personales enriquecedoras y sentimientos comunes, medio natural de donación mutua e intercambio personal gratificante.

No es fácil ni rápido llegar a esta plenitud familiar. Requiere madurez y constancia, exige dedicación y esfuerzo, conlleva grandes dosis de comprensión y mutua confianza, desencadena acción y pasión solidarias, estimula la búsqueda del otro y motiva para el encuentro personal.

4. 2. Modelos de familia, modos de vida

María y José, Ángel y Ana, Isabel y Santiago, Pedro y Carmen, son personas cuyo compromiso de fidelidad y amor fue anterior al intercambio de arras y anillos. Hoy – con edades dispares y experiencias vitales contrapuestas –, protagonizan historias personales y familiares, alejadas en el tiempo y en el espacio. Equiparables, sin embargo, en las respectivas trayectorias de entrega mutua y fidelidad permanentemente renovada. No se trata de aportar ejemplos de personas desconocidas o ficticias, sino de destacar tendencias observables, de analizar contextos y situaciones dignas de mención y consideración.

□ En una gran ciudad mediterránea, procedentes de Andalucía, se disponen a celebrar sus bodas de oro Isabel y Santiago. Abandonaron la tierra – ya casados –, en busca de mejor vida y debieron cambiar muchos de sus hábitos y gustos para adaptarse a las exigencias de una gran urbe. Recuerdan con ternura aquellos comienzos, nada fáciles; él en la industria del metal, ella en el sector textil. Horarios rígidos, desplazamientos inusuales, formas de vivir y de pensar desconocidas para ellos hasta entonces, el escenario de su vida era una pequeña vivienda de alquiler. Del trabajo a casa y de casa al trabajo, lejos de su gente, recuerdan emocionados aquellos difíciles comienzos juntos. En momentos íntimos y en sucesivas efemérides festivas han reiterado la clave

de su vida, el motor de su actividad. Cuantas más dificultades, más juntos; en decisiones arriesgadas, irremediamente unidos, fundidos en un todo inseparable. Y manifiestan – a una –, profundas convicciones: el proyecto compartido, la comunicación sincera, las necesidades y retos afrontados con ánimo y esperanza, el espíritu de superación que mutua y conscientemente alimentaron; la confianza en Dios y en las personas, que practicaron en familia desde la más tierna infancia, fueron sólidos puntos de partida en su vida. Y agradecen a Dios las oportunidades que fueron llegando y supieron aprovechar. Agradecen a las empresas el trabajo que les permitió vivir y progresar, al vecindario la inicial acogida y la ayuda que recibieron, sin pedirla, siempre que la necesitaron. Hoy peinan canas ambos y siguen juntos, igual de ilusionados. Nietos e hijos alegran su vida y, todos unidos, comparten los sentimientos y las ilusiones de aquella época inicial, en los años sesenta del pasado siglo. Regentaron hasta que fue posible, un pequeño establecimiento de alimentación – una tienda de comestibles, corrige Isabel –, en un local de su propiedad. Fue preciso arriesgarse cuando José fue despedido, en plena reconversión industrial, y ella perdió definitivamente su empleo con el cierre de aquellas primeras instalaciones fabriles que la empresa puso en marcha. Habían ahorrado, vivido con holgura, sin dispendios. La vida les ha sonreído y juntos han pasado los mejores y peores momentos de su vida. Así continúan. Viajan cada año y reviven, alegres, tiempos pasados gracias a los programas del INSERSO para la tercera edad.

□ María y José pasan el fin de semana en un apartamento en la sierra madrileña. Viven en un chalet con parcela, en una lujosa urbanización de la periferia. Son jóvenes y tienen la vida por delante. José accedió, por oposición, a la escala de Técnicos de Administración del Estado y tiene su despacho en la sede del ministerio de Sanidad y Consumo, en Castellana. Ella, licenciada en Derecho y Económicas, cursa un Master en Comercio Exterior y forma parte de la plantilla de un acreditado bufete madrileño. Antes de que nacieran los niños dedicaron parte de su tiempo – desde el propio domicilio –, a la traducción de textos especializados en Economía y Derecho para una editorial que pagaba muy bien su trabajo pero marcaba y exigía plazos abusivos, según entendían ellos. Disponen de altos ingresos mensuales y se mueven en un círculo social de élite, en el que no acaban de sentirse satisfechos y a gusto. Echan de menos – manifiestan con frecuencia –, un deseable nivel de espontaneidad en el contexto socioprofesional en que se mueven y viven un poco al margen de ese entorno que comienzan a sentir demasiado asfixiante. De momento, prefieren disfrutar del tiempo libre en su casa, con sus hijos.

Amigos de la niñez, se unieron en matrimonio tras años de noviazgo y hoy se confiesan los más felices del mundo. Conservan intacto el compromiso personal que asumieron cuando decidieron compartir su presente y su futuro. Tienen dos hijos – niña y niño –, alumnos de Primaria de un centro privado religioso, del que José fue también alumno en su niñez. Mantienen una estrecha relación con el colegio. Están satisfechos de la atención que sus hijos reciben y de los valores que el Proyecto Educativo ofrece. Sus turnos de trabajo hacen aconsejable que los niños sean usuarios del servicio de comedor escolar y permanezcan en sus instalaciones hasta la media tarde. Siempre que puede, ambos – María y José –, reciben a los niños a la puerta del colegio. El encuentro diario con los niños es ruidoso y alegre. Reproducen cada día un

ritual, no planificado, entrañable y sumamente gratificante: dedicación plena a los niños todo el tiempo de que disponen. Tan agradable rutina refuerza cada día su vivencia común y mantiene viva la llama que ilumina y alienta su proyecto de vida común. Viven uno para el otro y juntos para los niños y manifiestan cierta prevención y cuidado para que el entorno no distraiga ni disperse su estilo de vida.

□ Ángel y Ana atienden el negocio familiar heredado y viven en una localidad con nombre propio en Castilla y León. No es capital de provincia, tampoco es un núcleo rural, pero Ana y Ángel adoran su tierra y no han querido marchar por nada del mundo. Ya no son chavales, como repiten con alguna frecuencia, pero mantienen los hábitos de vida y las convicciones que han dado sentido a su vida y son propios del lugar en que viven. Salen de viaje casi todos los fines de semana y se precian de conocer y haber recorrido las grandes y pequeñas rutas de la geografía peninsular. Portugal es una de sus debilidades y por ello es destino de sus salidas varias veces al año. Sus hijos, ya universitarios, residen fuera. Activos y entusiastas participantes desde niños en las giras de fin de semana, en su planificación y recorridos, ahora dedican su tiempo a otras actividades. Los hábitos viajeros de Ángel y Ana con sus hijos van quedando reducidos, en su recorrido y frecuencia, ahora que ya no hay niños en casa. Algunos fines de semana preparan comida que comparten con sus hijos en el piso de estudiantes y pasan un día con ellos, evitando que los chavales se desplacen y pierdan tiempo. Ángel y Ana se esfuerzan en afrontar el nuevo modelo familiar – sin hijos en casa –, y se ocupan en rediseñar el tiempo libre cada fin de semana. “*De pronto –manifiesta Ana con temor y resignación no disimulados – la vida ha perdido interés*”; sus expectativas se han reducido, el tiempo dedicado al negocio ha dejado de ser su primera y más importante dedicación de cada día.

Ángel estaba preparado para lo peor, pero ha sido sumamente difícil. La fase depresiva en que Ana entró, de la noche a la mañana, le ha hecho esforzarse y estar dispuesto a todo para arropar a su esposa. Cree que lo peor ha pasado, pero sigue muy pendiente de ella. Han pasado varios meses de intensa dedicación a Ana y a su estado de ánimo. Rememoran juntos momentos pasados de su vida en común, reviven muchos momentos de su existencia compartida y hablan a diario con sus hijos. Viajar ha dejado de tener interés. Ana ha recuperado su círculo de amistades de siempre y se vuelca cada día en actividades de otro tiempo. Ángel se ha sentido solo y ha pasado un período especialmente difícil de su vida. Eso sí, ha puesto de su parte, en cada minuto, en casa y fuera, todo lo que Ana, la familia y el negocio han necesitado. Tiene la firme convicción de que le corresponde acompañar a Ana en estos momentos difíciles, del mismo modo que han compartido su vida, felices, sin problemas, durante muchos años. El final del túnel parece estar cerca. Ana revive y se muestra más animada cada día, vuelve a ser la madre con deseos de visitar a sus hijos. Ángel recupera su sonrisa, seguro de que ha adoptado en cada momento la decisión adecuada. La esperanza de que todo vuelva a ser como antes ha dejado de ser un sueño y, gracias a Dios, es un poco más gozosa realidad cada día.

□ Pedro y Carmen son modelo de tesón y amor propio. Juntos han preparado y superado las pruebas de acceso para mayores de 25 años. Nunca

antes tuvieron oportunidad de cultivarse. Desde pequeños debieron colaborar en el sostenimiento de sus numerosas familias, con trabajos mal remunerados, sin horizontes de futuro. Llegaron a España animados por algunos conocidos que lo habían hecho antes. Eran otros tiempos. Inicialmente, les fue muy bien: trabajo estable, salarios muy altos, si comparaban con lo que ganaban en su tierra; infinitamente agradecidos por la buena acogida recibida aquí, sintieron el estímulo de corresponder –‘nunca podríamos pagarlo’ – con su propia formación y capacitación a los favores y atenciones recibidas. Se sienten privilegiados, son españoles legalmente tras veinte años de estancia en España, y lamentan los problemas que la crisis económica y financiera ocasiona a muchos que, como ellos dos, sueñan con mejorar su vida y la de su familia, en España.

Colaboran en organizaciones de acogida y apoyo al inmigrante sudamericano y luchan por eliminar las barreras que frenan la plena integración ciudadana y laboral.

Agradecen el apoyo que han recibido en las sucesivas fases de su vida y se muestran satisfechos por la pequeña contribución que vienen haciendo al bienestar de otros inmigrantes y por la oportunidad de colaborar activamente en la mejora de las condiciones de vida y trabajo de sus vecinos, en el barrio.

Son meros ejemplos de la diversidad de situaciones que subyacen a la institución familiar, muestras de familias peculiares y específicas, en contextos socioeconómicos bien diferentes, con recursos desiguales en su vida. Comparten la ilusión de vivir, hacen juntos el camino, a veces más deprisa o más despacio, en ocasiones. Los hijos alegran y enriquecen la vida en común hasta que se van. Es ley de vida, se dice. Al final, cuarenta, cincuenta años después, se acercan a la meta, culminan el recorrido los mismos que empezaron; son, físicamente menos ágiles, pero más experimentados. Recuerdan cómo y dónde se encontraron.

El paso del tiempo les ha cambiado poco: se quieren. Miran hacia atrás y perciben con nitidez la razón de su vida juntos: se quieren. Saben de familias rotas, de separaciones y divorcios. ¿Por qué dejan de quererse? No lo entienden, se miran a los ojos. También ellos han tenido que enfrentar situaciones de dificultad, pero nunca les ha faltado la luz de la esperanza. “Mientras haya ganas de luchar hay esperanzas de vencer” (*Sermón 154, 8*).

REFLEXIÓN FINAL

REFLEXIÓN FINAL

Personas, hombres y mujeres; esposos, padres, educadores, gestores familiares, organizadores de ocio y tiempo libre. ¿Cuándo, dónde, con qué medios aprendemos, hasta la plena capacitación, esta serie de roles que definen la compleja institución que es la familia? Así iniciábamos nuestra reflexión.

Quienes entendemos la vida familiar como la tarea y la aventura más apasionante, nos acompaña el sobresalto de cómo vivir, amar, convivir, educar, trascender la rutina diaria, Por encima de nuestra fragilidad, soñamos con una

familia sana – física y espiritualmente –, un trabajo profesional bien hecho, una ciudad y un mundo más justos y humanos. Construimos nuestro proyecto desde el amor, la convivencia respetuosa y en paz, la solidaridad con los próximos y lejanos, la responsabilidad y el trabajo por la comunidad. Tercamente empeñados en ofrecer a nuestros hijos – y a los hijos de los demás – un testimonio persuasivo, personal y familiar, de unidad, de concordia y felicidad.